ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación.)

CAPÍTULO IX

LA TRINIDAD

PARA que sea provechoso el estudio de la Existencia Divina, ha de partirse de su Unidad. Así lo han proclamado todos los sabios; así lo han afirmado todas las religiones; así lo consignan todas las filosofías: «solamente Uno sin segundo» (1). «Oye, Israel»—exclamó Moisés—«El Señor Dios nuestro es el único Señor» (2). «Nosotros, empero, no tenemos más de un Dios» (3)—declara San Pablo. «No hay más Dios que Dios»—afirma el fundador del Islam—y de esta sentencia hace el símbolo de su fe. Una Existencia sin límites, sólo conocida de Ella misma en toda su plenitud. Eternas Tinieblas, de las cuales nace la Luz.

Pero en cuanto Dios Manifestado, el uno aparece Tres. Trinidad de Seres Divinos: Uno como Dios, Tres como Poderes manifestados. Esto también ha sido declarado siempre; y es tan vital esta verdad, por lo que se re-

(1) *Chhândogyopanishat*, VI. II. I.
(2) Deut., VI, 4.
(3) I. Cor. VIII, 6.

laciona con el hombre y su evolución, que en todos tiempos ha sido parte esencial de los Misterios Menores.

Entre los hebreos se conservó secreta esta doctrina por razón de las tendencias antropomórficas de aquel pueblo, pero los rabinos estudiaban y adoraban al Anciano de los Días, de quien procede la Sabiduría, y de ésta el Entendimiento—Kether, Chochmah, Binah—tales constituían la Trinidad Suprema: exhibición en el tiempo de lo Uno que está fuera del tiempo. El Libro de la Sabiduría de Salomón se refiere á esta enseñanza, haciendo de la Sabiduría un Ser. «Según Maurice, 'El primer Sephiro, denominado Kether (la Corona), Kadmon (la Luz pura), y En Soph (el Infinito) (1), es el Padre omnipotente del universo... El segundo es Chochmah, el cual, según hemos comprobado por los escritos sagrados y por los rabínicos, es la Sabiduría creadora. El tercero es Binah ó Inteligencia celeste, de donde los egipcios sacaron su Cneph, y Platón su *Nous Demiurgos*. Es el Espíritu Santo que... compenetra, anima y gobierna este universo sin límites'» (2).

La influencia de esta doctrina sobre las enseñanzas del cristianismo está indicada por el Deán Milman en su *History of Christianity*. Allí dice: «Este Ser (el Verbo ó la Sabiduría) era impersonalizado de modo más ó menos determinado, conforme las nociones de los países y tiempos respectivos eran más populares ó más filosóficas, más materiales ó más abstractas. Estaba extendida esta doctrina desde el Ganges, y aun desde las orillas del Mar Amarillo, hasta el Iliso; era el principio fundamental de la religión y de la filosofía indias; era la base del Zoroastrianismo; era el platonismo puro; era el judaismo platónico de la escuela de Alejandría. Podría citarse muchos pasajes de Filon sobre la imposibilidad de que el primer Ser existente por sí llegue á ser conocido por el entendimiento humano; y no es dudoso que hasta en Palestina, Juan el Bautista y nuestro Señor mismo no expresaron ninguna doctrina nueva, sino más bien el común sentir de los más ilustres sabios, al declarar que 'ningún hombre había visto jamás á Dios'. De acuerdo con este principio, al interpretar los judíos las más antiguas Escrituras, en vez de la comunicación directa y sensible de la gran Divinidad una, colocaban de mediadores uno ó más seres intermedios. Según autorizada tradición á que aludió San Esteban, la ley fué dada 'por disposición de ángeles'; según otra, esta función fué cometida á un ángel solo, llamado á veces el Angel de la Ley (véase Gal. III, 19), á veces el Metatron. Pero el más común representante de Dios, por decirlo así, cerca del sentido y mente del hombre, era el Memra ó Verbo Divino, siendo de notar que este mismo nombre se encuentra en los sistemas indostánico, persa, platónico y alejandrino. Con el mismo término llamaron al Mesías los targumistas, primeros

(1) Esto es erróneo. En, ó Ain, Soph no es un elemento de la Trinidad, sino la Existencia Una, manifestada en los Tres; ni tampoco es Kadmon, ó Adam Kadmon, uno de los Sephiros, sino el conjunto de todos.

(2) Citado en *The Great Law*, de Williamson, págs. 201, 202.

comentadores judíos de las Escrituras; y no hay para qué indicar de qué modo se santificó al introducirlo en el esquema cristiano» (1).

Como dice el sabio Deán, el concepto del Verbo, el Logos, era universal, y formaba parte de la idea de una Trinidad. Los filósofos hindus hablan de Brahman manifestado como Sat-Chit-Ananda: Existencia, Inteligencia y Felicidad. En el concepto popular, el Dios manifestado es una Trinidad: Shiva, Principio y Fin; Vishnu, Conservador; Brahmâ, Creador del Universo. La religión mazdeista presenta una Trinidad semejante: Ahuramazdao, el Gran Uno, el Primero; luego «los gemelos», la Segunda Persona dual — pues la Segunda Persona de la Trinidad es siempre dual, desfigurada en los tiempos actuales como un Dios y un Diablo opuesto—y la Sabiduría Universal, Armaiti. En el Buddhismo del Norte vemos á Amitâbha, la Luz infinita; Avalokiteshvara, origen de las encarnaciones; y la Mente Universal, Mandjusri. En el Buddhismo del Sur, la idea de Dios se ha desvanecido, pero con tenacidad significativa reaparece la triplicidad, como refugio á que se acoge el Buddhismo meridional: el Buddha, el Dharma (la Doctrina), el Sangha (la Orden). Pero el mismo Buddha es á veces adorado como una Trinidad. En una piedra de Buddha Gaya se halla inscrita una salutación dirigida á Él, como á una encarnación del Eterno, y dice: «¡Om! Tú eres Brahmâ, Vishnu y Mahesha (Shiva)... A Ti adoro, el que eres celebrado, con mil nombres y bajo diversas formas, en la figura de Buddha, el Dios de Misericordia» (2).

En las religiones que han desaparecido, se encuentra la misma idea de la Trinidad. Ella dominaba todo el culto religioso de Egipto. «Tenemos una inscripción jeroglífica en el Museo Británico que se remonta al reinado de Senecho en el siglo VIII antes de la Era Cristiana, la cual demuestra que la doctrina de la Trinidad en la Unidad formaba ya parte de su religión» (3). Así era la verdad desde una fecha mucho más antigua. Râ, Osiris y Horus formaban una Trinidad cuyo culto se hallaba muy extendido. Osiris, Isis y Horus eran adorados en Abidos; con otros nombres recibían culto en diversas ciudades; y el triángulo era el símbolo usado comúnmente para representar al Dios Trino. La idea fundamental de estas Trinidades, como quiera que se las llamase, está manifiesta en un pasaje citado de Marutho, en el cual un oráculo, censurando el orgullo de Alejandro el Grande, dice: «Primero Dios, después el Verbo y con ellos el Espíritu» (4).

En Caldea formaban la Trinidad Suprema Anu, Ea y Bel, siendo Anu el Origen de todo, Ea la Sabiduría y Bel el Espíritu Creador. Respecto á China, observa Williamson: «En la China antigua acostumbraban los emperadores sacrificar cada tercer año á 'Aquel que es uno y tres.' Había la sen-

---

(1) *The History of Christianity*, 1867, págs. 70 y 72, por H. H. Milman.

(2) *Asiatic Researches*, I, 285.

(3) *Egyptian Mythology and Egyptian Christology*, pág. 14, por S. Sharpe.

(4) Véase *The Great Law*, pág. 196, de Williamson.

tencia china de que 'Fo es una persona, pero tiene tres formas'... En el elevado sistema filosófico conocido en China por el Taoismo, figura también una trinidad: 'La Razón Eterna produjo el Uno, el Uno produjo el Dos, el Dos produjo el Tres, y el Tres produjo todas las cosas'; lo cual, como Le Compte sigue diciendo, 'parece demostrar que tenían algún conocimiento de la Trinidad'» (1).

La doctrina cristiana de la Trinidad concuerda por completo con la de otras religiones en lo que se refiere á las funciones de las tres Personas Divinas, debiendo advertirse que la palabra Persona procede de la latina *persona*, máscara, lo que cubre algo, la máscara de la Existencia Una, la revelación de Sí propia bajo una forma. El Padre es el Origen y el Fin de todo; el Hijo es de naturaleza doble y es el Verbo ó la Sabiduría; el Espíritu Santo es la Inteligencia creadora que, incubando la caótica materia primordial, la organiza en elementos adecuados para la construcción de las formas.

Esta identidad de funciones, con tal diversidad de nombres, demuestra que no se trata de una mera semejanza externa, sino de la expresión de una verdad íntima. Hay algo de que esta triplicidad es manifestación, algo cuya huella debe encontrarse en la naturaleza y en la evolución, y que, al ser reconocido, haga inteligible el progreso humano, las etapas del desarrollo de la vida. Además, en el lenguaje simbólico universal, las Personas se distinguen por ciertos emblemas, y por ellos pueden reconocerse bajo la diversidad de formas y de nombres.

Otro punto más debe recordarse antes de terminar el examen exotérico de la Trinidad, á saber: que en relación con todas estas Trinidades, hay una cuarta manifestación fundamental, el Poder del Dios, el cual tiene siempre una forma femenina. En el Hinduismo cada Persona de la Trinidad tiene Su Poder manifestado; y el Uno y los seis aspectos indicados constituyen el sagrado Siete. En muchas Trinidades aparece una forma femenina, especialmente relacionada con la Segunda Persona, y en este caso se da el sagrado Cuaternario.

Veamos ahora la verdad interna.

Lo Uno viene á manifestarse como el Ser Primero, el Señor que existe por Sí mismo, la Raíz de todo, el Padre Supremo; la palabra Voluntad ó Poder, parece la mejor para expresar esta primaria revelación de sí mismo, porque hasta que no haya Voluntad de manifestarse, no puede haber manifestación, y hasta que no haya Voluntad manifestada, falta impulso para desarrollos ulteriores. Puede decirse que el universo tiene sus cimientos en la Voluntad divina. Sigue luego el segundo aspecto de lo Uno: la Sabiduría. El Poder es guiado por la Sabiduría; por eso está escrito que «sin Él nada de lo que es hecho, fué hecho» (2). La Sabiduría es de naturaleza doble, como se verá pronto. Cuando los aspectos Voluntad y Sabiduría se han re-

(1) *Lug. cit.*, págs. 208, 209.
(2) San Juan, I, 3.

velado, un tercer aspecto debe seguir para hacer á aquéllos efectivos: la Inteligencia Creadora, la mente divina en Acción. Un profeta judío escribió: «Él que hizo la tierra con Su Poder, compuso el mundo con Su Sabiduría, y extendió los cielos con Su Inteligencia» (1). La referencia á las tres funciones es muy clara (2). Estos Tres son inseparables, indivisibles: tres aspectos de Uno. Sus funciones pueden imaginarse separadamente para mayor claridad, pero no pueden desunirse. Cada cual es necesaria y está presente en las demás. En el Primer Ser la Voluntad, el Poder, predomina como característica, pero la Sabiduría y la Acción Creadora están también presentes; en el Segundo Ser la Sabiduría es predominante, pero el Poder y la Acción Creadora no le son menos inherentes; en el Tercer Ser predomina la Acción Creadora, mas también se hallan en Él el Poder y la Sabiduría. Y aunque se haga uso de las palabras Primero, Segundo y Tercero, porque los Seres se manifiestan así en el orden del tiempo, en la sucesión del propio desenvolvimiento, sin embargo, en relación á la Eternidad se les considera iguales y en dependencia mutua.

«Ninguno es mayor ni menor que el otro» (3).

Esta Trinidad es el Yo divino, el Espíritu divino, el Dios Manifestado, Él que «era, y que es, y que ha de venir» (4); y es la raíz de la triplicidad fundamental de la vida, de la conciencia.

Pero hemos visto que hay una cuarta Persona femenina—en algunas religiones una segunda Trinidad—la Madre. Es ésta la que hace posible la manifestación; es la que constituye en lo Uno la eterna raíz de la limitación y de la división, la cual, cuando se manifiesta, es llamada Materia. Es el No-Yo divino, la Materia divina, la Naturaleza manifestada. Considerada como Uno, hace el Cuarto, el cual posibilita la actividad de los Tres, de cuyas operaciones constituye el campo, por razón de su infinita divisibilidad; y es á la vez «la Sierva del Señor» (5) y también la Madre, pues da su substancia para formar el Cuerpo de Aquél, el Universo, cuando la virtud del Altísimo la cobija (6). Examinada con atención, se ve que también Ella es triple, que tiene tres aspectos inseparables, sin los cuales no podría existir. Estos son: Estabilidad (Inercia ó Resistencia), Movimiento y Ritmo; se les llama las cualidades fundamentales ó esenciales de la Materia. Sólo ellas pueden hacer efectivo el Espíritu, y por esto se las ha considerado como los Poderes manifestados de la Trinidad. La Estabilidad ó Inercia suministra la base, el punto de apoyo de la palanca; el Movimiento se manifiesta en seguida, pero sólo podría hacer el caos; entonces se impone el Ritmo, y he aquí la

(1) Jer. LI, 15.
(2) Véase *Antes*, págs. 441-442. SOPHIA de Diciembre de 1902.
(3) Credo de Atanasio.
(4) Apoc. IV, 8.
(5) San Lucas, I, 38.
(6) *Ibid.*, 35.

Materia en vibración, apta para ser modelada y recibir forma. Cuando las tres cualidades están en equilibrio, es lo Uno: la Virgen Madre improductiva. Cuando la virtud del Altísimo la cobija, y el aliento del Espíritu viene sobre ella, las cualidades se desequilibran, y entonces se hace Ella la divina Madre de los mundos.

La primera acción mutua acontece entre Ella y la Tercera Persona de la Trinidad; por la acción de ésta adquiere aquélla aptitud para producir formas. Entonces se revela la Segunda Persona, quien se reviste de los materiales así proveídos, y de este modo se constituye en Mediador, enlazando en su propia Persona el Espíritu y la Materia, el Arquetipo de todas las formas. Sólo por Su medio se revela la Primera Persona como Padre de todos los Espíritus.

Ahora es ya posible entender cómo la Segunda Persona de la Trinidad del Espíritu es siempre dual; Ella es quien se reviste de Materia, en la cual las mitades gemelas de la Divinidad aparecen en unión, no como uno. De aquí que sea también Ella Sabiduría; pues la Sabiduría del lado del Espíritu es la Razón Pura que se reconoce á sí misma como el Yo Uno, y á todas las cosas en su Yo, y del lado de la Materia es Amor, que lleva unidas las formas de diversidad infinita, y de cada forma constituye una unidad, no un mero cúmulo de partículas; es el principio de atracción que sostiene los mundos, y todo cuanto en ellos existe, en orden perfecto y equilibrio. Esta es la Sabiduría de la cual se ha dicho que «potente y suavemente ordena todas las cosas» (1), que sostiene y conserva el universo.

En el sistema de símbolos que en todas las religiones se encuentra, se ha considerado el Punto—lo que sólo tiene posición—como símbolo de la Primera Persona de la Trinidad. A propósito de esto observa San Clemente de Alejandría, que si sustraemos de un cuerpo sus propiedades, luego su profundidad, después su longitud y en seguida su latitud, «el punto que queda es una unidad que, por decirlo así, tiene posición; si de él sustraemos la posición, quedará el concepto de unidad» (2). Él brilla en el fondo de las Tinieblas infinitas, Punto de Luz, centro de un futuro universo, Unidad en la cual todo existe sin separación. La materia que ha de formar el universo, campo de Su labor, es determinada por la vibración oscilatoria del Punto en todas direcciones: vasta esfera limitada por Su Voluntad, por Su Poder. Este es el hacer «la tierra con su poder» que dijo Jeremías (3). Así, el símbolo pleno es un Punto dentro de una esfera, representado comúnmente por un punto dentro de un círculo. La Segunda Persona se representa por una Línea, un diámetro de este círculo, una única vibración completa del Punto: línea que atraviesa igualmente la esfera en todas direcciones. Al dividir esta Línea el

(1) Libro de la Sabiduría, VIII, I.

(2) Vol. IV. Biblioteca Ante-Nicena. San Clemente de Alejandría. *Stromata* lib. V, Cap. II.

(3) Véase *Antes*, pág. 125 del presente número.

círculo en dos mitades, simboliza también Su dualidad; esto es, que en la Segunda Persona Materia y Espíritu—que constituyen una unidad en la Primera Persona—son visiblemente dos, aunque unidas. La Tercera Persona se representa por una Cruz formada de dos diámetros que se cortan en ángulo recto dentro del círculo; la segunda línea de la Cruz separa la parte superior del círculo de la inferior. Esta es la Cruz griega (1).

Cuando se representa la Trinidad como una Unidad, se emplea el Triángulo ó bien inscrito en un círculo, ó bien libre. El universo se simboliza por dos triángulos unidos: el que representa la Trinidad del Espíritu, con el ápice hacia arriba; y el que representa la Trinidad de la Materia, con el ápice hacia abajo; cuando se les figura con colores, el primero es blanco, amarillo, dorado ó del color de la llama, y el segundo negro ó de algún color obscuro.

Ahora podrá seguirse el proceso cósmico sin dificultad. El Uno se ha hecho Dos, y el Dos Tres, y la Trinidad se revela. La Materia del universo ha quedado demarcada y aguardando la acción del Espíritu. Esto es «el principio» del Génesis, cuando «crió Dios el cielo y la tierra» (2): expresión más adelante aclarada por las repetidas frases de que «Él echó los cimientos de la tierra» (3); sólo estaba hecho el amojonamiento del material — un mero caos, «sin forma y vacío» (4).

Después comenzó la obra de la Inteligencia Creadora, el Espíritu Santo, que «era llevado sobre las aguas» (5)—*el vasto océano de materia*. Así Él fué la primera actividad, aunque era la Tercera persona; punto éste de la mayor importancia.

Esta obra se declaraba en los Misterios por menudo, mostrándose la preparación de la materia del universo, la formación de los átomos, la constitución de sus agregados, la reunión de éstos en elementos, y la agrupación á su vez de estos últimos en sus compuestos gaseosos, líquidos y sólidos. Labor que abarca no sólo la clase de materia llamada física, sino también la correspondiente á todos los estados más sutiles de los mundos invisibles. Además, Él, como «Espíritu de la Inteligencia», concibió las formas en que aquélla había de modelarse; más no construyó las formas, sino que, en función de Inteligencia Creadora, produjo las Ideas de ellas, los prototipos celestes, como comúnmente se las llama. Esta es la tarea descrita donde se dice: Él «extendió los cielos con Su Inteligencia» (6).

La obra de la Segunda Persona sigue á la de la Tercera. Por virtud de Su Sabiduría «compuso el mundo» (7), construyendo los globos y todas las

---

(1) Véase *Antes*, págs. 11-12. SOPHIA de Enero del corriente año.
(2) Gén. I. I.
(3) Job. XXXVIII, 4. Zach. XII, I, etc.
(4) Gén. I. 2.
(5) Gén. I. 2.
(6) Véase *Antes*, pág. 125 del presente número.
(7) Iidem, id.

cosas que en ellos hay, «todas las cosas por él fueron hechas» (1). Ella es la Vida organizadora de los mundos, y todos los seres tienen en Ella su raíz (2). La vida del Hijo manifestado así en la materia preparada por el Espíritu Santo—otra vez el gran «Mito» de la Encarnación—es la vida que construye, conserva y sostiene todas las formas, porque Él es el Amor, la fuerza atrayente que da cohesión á las formas, haciéndolas capaces de crecer sin desmoronarse—Conservador, Sostenedor, Salvador. Por eso todas las cosas han de ser sujetadas al Hijo (3), todo ha de reunirse en Él; por eso «nadie viene al Padre sino por Él» (4).

Porque la obra de la Primera Persona sigue á la de la Segunda, como la de ésta á la de la Tercera. A la Primera se llama «Padre de los Espíritus» (5), «Dios de los Espíritus de toda carne» (6), y Suyo es el don del Espíritu divino, el verdadero Yo del hombre. El espíritu humano es la Vida divina del Padre vertida, derramada en el vaso que el Hijo construye de los materiales vivificados por el Espíritu. Y este espíritu del hombre, proviniendo del Padre—de quien proceden el Hijo y el Epíritu Santo—es, como Él mismo, una Unidad, con los tres aspectos en Uno; así está el hombre verdaderamente hecho «á nuestra imagen y semejanza» (7), y así es capaz de hacerse «perfecto, como nuestro padre que está en los cielos es perfecto» (8).

Tal es el proceso cósmico, repetido en la evolución humana; «como arriba, así es abajo».

La Trinidad del Espíritu del hombre, hecha á semejanza de la divina, tiene que exhibir las divinas características; y así encontramos en él el Poder que, ora en su forma más elevada de Voluntad, ora en su forma inferior de Deseo, da impulso á su evolución. También encontramos en él la Sabiduría — la Razón Pura, cuya expresión en el mundo de las formas es el amor; y finalmente la Inteligencia ó Mente, la energía activa modeladora. Así mismo vemos que la manifestación de estas características en la evolución humana, procede de la tercera á la segunda y de la segunda á la primera. La masa de la humanidad está desenvolviendo la mente, evolucionando la inteligencia, cuya acción separadora podemos observar en todas partes aislando los átomos humanos, por así decirlo, y desarrollando á cada uno apartadamente, á fin de que lleguen á ser materiales apropiados para la construcción de una Humanidad divina. Este punto solamente ha alcanzado hasta ahora la especie humana, y en él está aún trabajando.

---

(1) San Juan I. 3.
(2) *Bhagavad Gitá*, IX. 4.
(3) I. Cor. XV, 27-28.
(4) San Juan, XIV, 6. *Véase el alcance más amplio de este texto en la página siguiente.*
(5) Heb. XII, 9.
(6) Núm. XVI. 22.
(7) Gén. I. 26.
(8) San Mateo V, 48.

Si nos fijamos en una exigua minoría de nuestra raza, veremos cómo está despuntando en ella el segundo aspecto del Epíritu divino del hombre, al cual se refiere el Cristianismo al hablar del Cristo en el hombre. Su evolución se verifica, como hemos visto, después de la primera de las Grandes Iniciaciones, por lo que la Sabiduría y el Amor son los distintivos del Iniciado, los cuales brillan más y más, conforme se va desarrollando este aspecto del Espíritu. Entonces se hace cierto una vez más que «nadie viene al Padre sino por Mí», pues sólo cuando la vida del Hijo está tocando á su plenitud, puede Él rogar: «Ahora, pues, Padre, glorifícame Tú cerca de Ti mismo, con aquella gloria que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese» (1). Y sube el Hijo al Padre, y se hace uno con Él en la gloria divina; y manifiesta su existencia propia, la existencia inherente á su naturaleza divina, desarrollada desde la semilla á la flor, porque «como el Padre tiene vida en Sí mismo, así dió también al Hijo que tuviese vida en Sí mismo» (2). Él se convierte en Centro vivo de conciencia en la Vida de Dios, Centro capaz de existir como tal, no sujeto ya á las limitaciones de su existencia primitiva, ensanchándose en conciencia divina, mientras conserva fija la identidad de su vida, como Centro vivo de fuego dentro la Llama divina.

En tal evolución entra la posibilidad de Encarnaciones divinas en el porvenir, del mismo modo que una evolución idéntica en el pasado hizo posible las divinas Encarnaciones en nuestro propio mundo. Estos Centros vivos no pierden Su identidad ni la memoria de su pasado, ni cosa alguna de lo que han experimentado en su larga subida; y tales Seres, conscientes de Sí mismos, pueden surgir del Seno del Padre y revelarse para ayuda de la humanidad. Han conservado en Sí la unión del Espíritu y la Materia, dualidad de la Segunda Persona, por lo que las Encarnaciones divinas de todas las religiones están relacionadas con la Segunda Persona de la Trinidad; de aquí que puedan con facilidad volver á revestirse para la manifestación física, y hacerse hombres de nuevo. Han conservado esta naturaleza de Mediadores, constituyéndose así en eslabón entre la Trinidad celeste y la terrestre; «Dios con nosotros» (3) han sido siempre llamados.

Estos Seres, frutos gloriosos de anteriores universos, pueden venir al mundo actual con las perfecciones de Su Sabiduría y Amor divinos, con la memoria de Su pasado, capaces, por esta razón, de ser perfectos ayudadores de todos los seres vivos, pues conocen todos los pasos del progreso, por haberlos ellos andado, y hábiles para auxiliarlos en cualquier coyuntura, pues las han pasado todas. «Porque en cuanto Él mismo padeció, siendo tentado, es poderoso para también socorrer á los que son tentados» (4).

---

(1) San Juan, XVII. 5.
(2) San Juan, V. 26.
(3) San Mateo, I. 23.
(4) Heb., II. 18.

A una humanidad posterior á Ellos corresponde la posibilidad de Su Encarnación divina. Ellos descienden, después de haber subido, á fin de ayudar á otros que suban á su vez. Conforme entendemos estas verdades y algo del sentido de la Trinidad arriba y abajo, lo que un tiempo era duro é ininteligible dogma, se convierte en verdad viva y vivificadora. Sólo por la existencia de la Trinidad en el hombre se hace inteligible la evolución humana, dejándonos ver cómo se desenvuelve la vida de la inteligencia y luego la vida del Cristo. En este hecho está fundado el misticismo y la esperanza cierta de que conoceremos á Dios. Así lo han enseñado los Sabios. Y á medida que recorremos el Sendero que ellos nos han mostrado, reconocemos la verdad de su testimonio.

Annie Besant.

(Se continuará).

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(Continuación.)

La Tercera oleada de Vida

La mitad de la Tercera Raza Raíz se ha alcanzado; el aparato nervioso del hombre animal ha llegado en su construcción al punto en que, para su mayor perfeccionamiento, le era necesario de modo más directo el efluvio de pensamiento de la Triada espiritual á que estaba ligado; el Alma-Grupo había completado su obra respecto á estos elevados frutos de la evolución, como medio por el cual la Vida del Segundo Logos protegía y alimentaba sus infantiles hijos; había llegado la hora de formar el fundamento del cuerpo causal, vaso que habría de recibir la vida que se vertía; había terminado la vida pre-natal de la Mónada, así como el tiempo de su nacimiento en el mundo inferior. La vida-madre del Logos había construído para ella los cuerpos en que pudiera vivir en adelante como entidad separada en el mundo de las formas, y entrando en directa posesión de sus cuerpos, asumir la evolución humana.

Hemos visto ya, en anteriores escritos, que las Mónadas derivan su ser del Primer Logos. Pues bien: el flujo descendente de su vida en las Triadas espirituales que forman los vórtices de actividad donde recogen y se apropian la corriente de vida que

desde los planos inferiores sube, y forman con tal unión los cuerpos causales, es llamado la tercera Oleada de Vida, y propiamente está relacionada con Él como su fuente.

Con la formación del cuerpo causal, la Triada espiritual posee un vehículo permanente para su subsiguiente evolución, y cuando la Conciencia llega á poder funcionar libremente en este vehículo, la Triada podrá dominar y dirigir, con más efectividad que nunca, la evolución de los vehículos inferiores.

Los primeros esfuerzos para dominar no son, sin embargo, de clase muy inteligente, al modo que los primeros movimientos del cuerpo del recién nacido no demuestran que sean dirigidos por una inteligencia, aunque sabemos que hay una inteligencia relacionada con él. La Mónada, pues, nace en un sentido muy real, en el plano físico; pero, sin embargo, debe ser considerada como recién nacida, y tiene que pasar por un período inmenso de tiempo antes que su poder sobre el cuerpo físico llegue á ser infalible.

El Desarrollo Humano

Esto se verá claramente, si consideramos al hombre tal como era en las edades primitivas. Aquellos lemures que tanto tiempo hace perecieron—exceptuando aquellas entidades que habían ya desarrollado la Conciencia considerablemente y que encarnaron en los toscos cuerpos lemures, á fin de dirigir la evolución humana—tenían desarrollo escasísimo por lo que se refiere á los órganos de los sentidos; los del olfato y gusto no estaban desarrollados, sino en proceso de formación. Su sensibilidad al placer y al dolor era muy exigua.

En los atlantes los sentidos eran mucho más activos: la vista era muy penetrante y el oído muy fino; el gusto y el olfato estaban más desarrollados que entre los lemures, pero aún no mucho; encontraban perfectamente tolerables los alimentos groseros y rancios, y hasta eran muy de su agrado; y algunos de gusto pronunciado, tales como la carne pasada, eran preferidos á viandas más delicadas que consideraban insípidas. Su cuerpo no era muy sensible al sufrimiento, y las grandes heridas no les causaban mucho dolor, ni eran seguidas de postración, pues aun las laceraciones extensas no incapacitaban al paciente, y se curaban con rapidez. Los restos de la raza lemura que hoy existen,

así como los atlantes tan extendidos, muestran todavía relativa insensibilidad al dolor, y soportan, muy parcialmente inutilizados, laceraciones que postrarían por completo á un hombre de la quinta raza. Se cuenta que un indio norteamericano continuó combatiendo después de perder todo un lado del muslo, volviendo al campo de batalla después de doce ó quince horas. Esta característica del cuerpo de la cuarta raza, permite al salvaje soportar tranquilamente las torturas, así como restablecerse de ellas, las cuales postrarían á un hombre de la quinta raza por el choque nervioso.

Estas diferencias proceden en gran parte de los diversos desarrollos del átomo permanente, el núcleo del cuerpo físico. Hay en la quinta Raza Raíz una corriente de vida descendente más completa, que aumenta con los mayores desarrollos internos del átomo permanente. A medida que la evolución avanza, hay un incremento de complejidad de poderes vibratorios en el átomo físico permanente y un aumento semejante en el átomo astral, así como también en la unidad mental. A medida que los nacimientos se suceden, y que estos núcleos permanentes son colocados en cada plano para reunir en torno de ellos las nuevas cubiertas mental, astral y física, los átomos permanentes más altamente desarrollados atraen á sí los átomos más desarrollados de los planos á que pertenecen, y construyen de este modo un aparato nervioso mejor, por cuyo medio puede discurrir la siempre creciente corriente de la Conciencia. De este modo se forma el aparato nervioso delicadamente organizado del hombre de la quinta raza.

En el hombre de la quinta raza está muy aumentada la diferenciación de las células nerviosas, y las comunicaciones mutuas son mucho más numerosas. Por regla general, la Conciencia del hombre de la quinta Raza está funcionando en el plano astral, y se sale fuera del cuerpo físico, excepto en lo que concierne al sistema nervioso cerebro-espinal. El dominio de los órganos vitales del cuerpo queda á cargo del sistema simpático, educado á través de largas edades para ejecutar esta función, que actualmente desempeña por impulsos dados desde centros astrales que no son los diez, sin que medie una atención deliberada de la Conciencia, ocupada en otras cosas, aunque, por supuesto, sostenido por ella. Es, sin embargo, muy posible, como veremos pronto, el llamar otra vez la atención de la Conciencia

á esta parte de su mecanismo, y que vuelva á tomar un dominio inteligente del mismo. En los individuos más altamente evolucionados de la quinta Raza, los principales impulsos de la Conciencia provienen del mundo mental inferior, y funcionan sobre lo físico por medio de lo astral, y allí estimulan la actividad nerviosa física. Esta es la Conciencia penetrante, inteligente y sutil que se mueve por las ideas más que por las sensaciones, y que se muestra más activa en los centros mentales y emocionales del cerebro que en los que se relacionan con los fenómenos motores y de la sensación.

Los órganos-sentidos del cuerpo de la quinta Raza son menos activos y agudos que los del de mayor desarrollo perteneciente á la cuarta en su respuesta á puros choques físicos. La vista, el oído, el tacto, el olfato son menos agudos y no responden á vibraciones que afectarían á los órganos-sentidos de la cuarta Raza. Es significativo también, que estos órganos alcanzan su estado más agudo en la infancia y disminuyen en sensibilidad desde los seis años poco más ó menos en adelante. Por otra parte, si bien son menos capaces de ser afectados por los meros choques de los sentidos, son en cambio más asequibles á las sensaciones mezcladas con emociones, y á las delicadezas del color y del sonido, ya sean de la naturaleza ó del arte. La organización más elevada y compleja de los centros-sentidos en el cerebro y en el cuerpo astral, parece producir un aumento de sensibilidad hacia la belleza del color, forma y sonido, pero disminuyen sus respuestas ó la sensación en que no tomen parte las emociones.

El cuerpo de la quinta Raza es también mucho más sensible á los choques que el de la tercera y cuarta Razas, por cuanto depende más de la Conciencia para su conservación. Siente mucho más un choque nervioso, y le produce una mucho mayor postración. Una mutilación grave ya no es cuestión de músculos lacerados ó de tejidos desgarrados, sino de choque nervioso; el sistema nervioso altamente organizado lleva el mensaje de sufrimiento á los centros del cerebro, y desde allí es enviado al cuerpo astral, perturbando y trastornando la Conciencia astral. Esto es seguido de perturbación en el plano mental; la imaginación se despierta, la memoria estimula la anticipación, y el empuje de los impulsos mentales intensifica y prolonga las sensaciones. Éstas, á su vez, estimulan y excitan el sistema nervioso, y tal

indebida excitación actúa en los órganos vitales, causando perturbaciones orgánicas, y por tanto, depresión de la vitalidad y restablecimiento lento.

Del mismo modo, en el cuerpo de la quinta Raza altamente evolucionado, las condiciones mentales gobiernan en gran manera á lo físico, y una ansiedad intensa, el sufrimiento mental y el tormento moral, al producir la tensión nerviosa, perturban prontamente el proceso orgánico y acarrean debilidad ó enfermedad. De aquí que la fuerza mental y la serenidad promuevan directamente la salud física, y que cuando la Conciencia se halla definitivamente establecida en el plano astral ó en el mental, los disturbios emocionales y mentales producen mucho más fácilmente la mala salud que cualquier daño infligido al cuerpo físico. El hombre desarrollado de la quinta Raza vive literalmente en su sistema nervioso.

Almas y Cuerpos Incongruentes

Pero en este punto debemos señalar un hecho significativo que se relaciona con todas las cuestiones importantes de la conexión de la organización nerviosa con la Conciencia. Cuando una conciencia humana no se ha desenvuelto más allá del tipo lemur ó del atlante, y nace en un cuerpo de la quinta raza, presenta un estudio curioso é interesante. (Las razones de tal nacimiento no pueden detallarse extensamente; en suma, á medida que las naciones más avanzadas se anexionan los países ocupados por tribus poco desenvueltas, y las destruyen ya sea indirecta ó directamente, la gente, privada así de sus cuerpos, tiene que encontrar nuevas moradas; las condiciones salvajes apropiadas se hacen cada vez más raras bajo la creciente inundación de las razas superiores, y tienen que encarnar en las condiciones más ínfimas posibles, tales como en la escoria de las grandes ciudades, en familias de tipo criminal. Son atraídos á la nación conquistadora por necesidad kármica.) Semejantes seres encarnan en cuerpos de la quinta raza del peor material posible. Entonces muestran en esos cuerpos de la quinta Raza las cualidades que corresponden á la cuarta ó á la tercera; y aun cuando poseen la organización nerviosa física externa, no tienen la diferenciación interna en la materia nerviosa, que sólo se presenta con el funcionamiento sobre la materia física de las

energías que provienen de los mundos astral y mental. Observamos en ellos que no responden á las impresiones externas, á menos que esas impresiones sean de un orden violento, que marca el grado inferior de desarrollo de la conciencia individual. Observamos el retroceso á la inercia cuando falta un violento estímulo físico; el deseo insaciable recurrente por tales estímulos violentos, cuando se despiertan por necesidades físicas; el despertar á una débil actividad mental bajo choques vehementes de los órganos-sentidos, y el vacío de la mente cuando los órganos-sentidos están en reposo; la ausencia completa de toda respuesta á un pensamiento ó emoción elevada—no una repulsa, sino una falta de conciencia de ello. La excitación ó la violencia en un ser así, es generalmente causada por algo de fuera de él—por algo que se le presenta físicamente, y que su mente en ciernes relaciona con la posibilidad de satisfacer alguna pasión que recuerda y desea sentir de nuevo. Tales seres puede que no tengan intención de robar ó asesinar, pero pueden ser estimulados á cualquiera de los dos actos, ó á ambos, por la mera presencia de un transeunte bien vestido que aparentemente puede llevar dinero: dinero que significa satisfacción para alimento, bebida ó placer sexual. El estímulo de atacar al transeunte viene en el acto, y será seguido sin vacilación, á menos que sea contenido por un peligro físico evidente, tal como la vista de un policía. La tentación física encarnada es la que despierta la idea de cometer el crimen; el hombre que planea de antemano un crimen está más desarrollado; el mero salvaje comete el crimen bajo el impulso del momento, á menos que sea éste contrarrestado por otra manifestación física, la de una fuerza que teme. Y cometido el crimen es inaccesible á toda vergüenza ó remordimiento; sólo es susceptible de terror.

Estas observaciones no se aplican, por supuesto, al criminal inteligente, sino tan sólo al tipo congénitamente brutal y obtuso: el salvaje de la tercera ó cuarta Raza en un cuerpo de la quinta.

Clarividencia

Hemos visto que la organización astral precede y modela el sistema nervioso físico, y ahora tenemos que considerar cómo afecta esto al funcionamiento de la Conciencia. Debemos espe-

rar ver que la Conciencia en el plano astral percibirá los choques en su envoltura astral de un modo vago é indifinido, del mismo modo que en los minerales, plantas y animales inferiores percibía los choques en un cuerpo físico. Esta percepción de los choques astrales precederá en mucho tiempo á cualquiera organización definida en la envoltura astral que la convierta en un cuerpo astral. Y según hemos visto, la primera organización en la envoltura astral es una respuesta á choques recibidos por medio del cuerpo físico, y está relacionada con éste en su evolución. Esta organización no tiene nada que ver directamente con la recepción, coordinación y comprensión de los choques astrales, sino que está relacionada con la acción en ella del sistema nervioso físico sobre el que reacciona á su vez. La Conciencia precede en todas partes á la Conciencia de sí mismo, y la evolución de la Conciencia en el plano astral procede simultáneamente con la evolución de la Conciencia de sí en el físico; esto será tratado en las secciones próximas.

Los choques que se producen desde el plano astral sobre la envoltura astral, originan en ella ondas vibratorias, y la Conciencia simple principia á percibir gradualmente estas agitaciones sin relacionarlas con ninguna causa externa. Está ocupada en tantear los choques físicos mucho más violentos, y todo el poder de atención de que dispone está fijo en ellos. Las agregaciones de materia astral, antes mencionadas, toman, naturalmente, parte en las agitaciones generales de la envoltura astral, y las vibraciones se mezclan con las que proceden del cuerpo físico, y afectan también las vibraciones que le envía la Conciencia por medio de estas agregaciones. De este modo se establece una relación entre los choques astrales y el sistema simpático, en cuya evolución desempeñan un papel muy importante. A medida que la Conciencia que funciona en lo físico, principia á reconocer lentamente un mundo externo, estos choques desde lo astral—clasificados gradualmente bajo los cinco sentidos, como lo son los choques desde lo físico—se mezclan con los que proceden del plano físico, y no son distinguidos como distintos de éstos por razón de su origen. En tanto que el sistema simpático actúa como el aparato dominante de la Conciencia, el origen, ya sea astral ó físico, de los choques permanecerá el mismo para la Conciencia. Aun los animales superiores—en los cuales el sistema cerebro espinal está bien desarrollado, pero en quienes no es

todavía, excepto en sus centros-sentidos, el mecanismo principal de la Conciencia—no pueden distinguir las perspectivas físicas de las astrales, ni los sonidos, etc. Un caballo saltará sobre un cuerpo astral como si fuera físico; un gato se restregará contra las piernas de una figura astral; un perro ladrará ante una aparición análoga. En el perro y en el caballo principia á bosquejarse un sentimiento de inquietud por alguna diferencia, expresado por el temor que á menudo manifiesta el perro por semejantes apariciones, y por la timidez del caballo por la misma causa. La nerviosidad del caballo—á pesar de la cual puede ser educado para hacer frente á los peligros de un campo de batalla, y como sucede con las yeguas árabes, hasta aprender á recoger y llevar á su postrado jinete en medio de circunstancias alarmantes—parece principalmente debida á su confusión y aturdimiento respecto de lo que le rodea, y á su falta de capacidad para distinguir entre lo que más adelante llamará con conocimiento «realidades objetivas»—contra las cuales puede su cuerpo hacerse daño—«ilusiones» y «alucinaciones». Para él todo es real, y la diferencia de modo de ser lo alarma; en el caso de un caballo excepcionalmente inteligente, la nerviosidad es muchas veces mayor; así que desarrolla un principio de sensación de la diferencia entre los fenómenos mismos, y esto es todavía más alarmante.

El salvaje, que vive más en el sistema cerebro espinal, distingue entre lo físico y lo astral, aunque para él este último es tan «real» como lo físico; lo relaciona con otro mundo, al cual atribuye todas las cosas que no se conducen del modo que él considera normal. Él no sabe que tiene conciencia de éstas por medio del sistema simpático y no por el cerebro-espinal; tiene conciencia de ellas y no sabe más. Los lemures y los primitivos atlantes eran más conscientes astral que físicamente. Los choques astrales que producen ondulaciones en toda la envoltura astral, pasaban por medio de los centros-sentidos de lo astral á los centros simpáticos del cuerpo físico, por lo que se sentían vívidamente conscientes de tales choques. Sus vidas estaban dominadas por las sensaciones y pasiones más que por la inteligencia; y el aparato especial de la envoltura astral, el sistema simpático, era el mecanismo dominante de la Conciencia.

A medida que el sistema cerebro-espinal se hizo más complejo y asumió más y más su posición peculiar como instrumen-

to principal de la Conciencia en el plano físico, la atención de la Conciencia se fijó más y más en el mundo físico externo, y su aspecto de inteligencia empezó á sobresalir cada vez más. El sistema simpático se subordinó, y sus indicaciones fueron menos y menos atendidas, sumergido bajo la inundación de las vibraciones físicas más violentas. De aquí una disminución de la conciencia astral y un aumento de inteligencia, aunque en casi todos queda aún un vago sentimiento de impresiones no comprendidas que reciben de vez en cuando.

En la presente etapa de la evolución, esta forma de clarividencia se encuentra en las personas de inteligencia muy limitada; no tienen idea de su causa y muy poco dominio sobre esta función. Los esfuerzos para aumentarla suelen producir perturbaciones nerviosas de clase muy contraproducente, y tales esfuerzos son contrarios á la ley de evolución, la cual obra siempre avanzando hacia un fin más elevado y no retrocediendo. Como la ley no puede ser cambiada, los esfuerzos que van en contra suya sólo causan perturbaciones y enfermedades. De aquí el serio peligro de seguir muchas de las indicaciones que se han publicado profusamente, de meditar sobre el plexo solar y otros centros simpáticos.

Cuando el sistema cerebro-espinal es temporalmente dominado, entonces se dejan sentir en la Conciencia los impulsos de la envoltura astral por medio del sistema simpático. De aquí la «lucidez» en el estado de *trance*—ya se produzca éste por inducción propia, ya sea impuesto—el poder de leer por medio del cristal y otros artificios semejantes. La suspensión parcial ó completa de la acción de la Conciencia en el vehículo superior la obliga á dirigir su atención al inferior.

Cuando por el funcionamiento del intelecto y el perfeccionamiento del aparato intelectual físico principia la organización del *cuerpo* astral, entonces los sentidos astrales verdaderos, llamados Chakras ó ruedas á causa de su apariencia rotativa, se desarrollan gradualmente. Estos se desenvuelven en el plano astral como sentidos y órganos astrales, y son construídos y dominados desde el plano mental, como lo eran los centros cerebrales desde el astral. La Conciencia está entonces funcionando en el plano mental y construyendo su mecanismo astral, así como antes obró en el plano astral y construyó su mecanismo físico. Pero ahora obra con mucho más poder é inteligencia por haber

desarrollado tantos de sus poderes. Además, modela centros en el cuerpo físico con los sistemas simpático y cerebro-espinal, para que sirvan como aparatos del plano físico para llevar á la conciencia del cerebro las vibraciones de los planos superiores. A medida que estos centros son vivificados, «vienen por su medio» conocimientos; esto es, los adquiere la Conciencia funcionando en el sistema nervioso físico. Esta es la clarividencia superior: poderes de la Conciencia en el cuerpo-astral, ejercitados inteligentemente y dirigidos por ella.

En este constante progreso los poderes de la Conciencia se van despertando en el plano físico, y entonces son separadamente despertados en el astral y en el mental. La envoltura astral y la mental tienen que ser altamente evolucionadas antes de que puedan ser más desenvueltas en el cuerpo sutil, actuando independientemente en los planos superiores, y construyendo entonces para sí el aparato necesario para el ejercicio de estos poderes superiores en el mundo físico. Y aun aquí, cuando el aparato está dispuesto, construído por pensamientos y deseos puros, tiene que ser vivificado en el plano físico por el fuego de Kundalinî, despertado y dirigido por la conciencia obrando en el cerebro físico.

ANNIE BESANT.

(Se continuará).



LA TEOGONIA Y LA MAGIA

ENTRE LOS ABORÍGENES DEL BRASIL

(Conclusión.)

X. Los oráculos eran producidos de diversos modos.

«Usan algunos de una especie de calabaza imitando una cabeza humana con cabellos, orejas, narices, ojos y boca; clavan ésta sobre una flecha, y cuando quieren producir sus oráculos, hacen humo dentro de este hueco fruto con hojas secas de tabaco, y del humo que sale por los ojos, oídos y boca de la fingida cabeza absorben tanto por las narices, que llegan á quedar perturbados...» *(Simão de Vasconcellos)*. Así profetizaban.

XI. Los indígenas del Amazonas usaban talismanes y amuletos de *piedras verdes* recordando á los *chalchihuitl* de los Aztecas.

Los Tupinambás los usaban en el labio inferior perforado.

Los talismanes y amuletos eran *vitalizados* por los *pagés*, ó mejor por los *caraibebês* que los saturaban de exorcismos, según fórmulas sólo de ellos conocidas.

XII. Sabido es que el *círculo mágico* fué una de las más poderosas y antiguas prácticas de los iniciados; que se empleó en Egipto, Caldea y Grecia; que fué empleado en las solemnidades masónicas y de la iglesia católica. También fué conocido de algunas tribus que lo recordaban de épocas pasadas, quién sabe si de las tradiciones Lemúricas ó Atlantes.

Acostumbraban á reunirse más de mil guerreros ataviados extrañamente, todos en pie y en círculo, unidos los unos á los otros. Formaban á veces dos, tres ó más círculos concéntricos, en medio de los cuales estaba el pagé con dos ancianos con *marakás*.

La ronda comenzaba frenética; algunos caían sin sentido. Los *caraibas* aspirando el humo de largas pipas ahumaban á los guerreros. Tales ceremonias tenían objetos diversos y su aspecto á la luz fantástica de los hachones tendría alguna semejanza con los *sábbados* clásicos de las edades medioevales. A veces pretendían despertar en el guerrero el *Espíritu de la Fuerza*. Otras veces se formaban en el *día de los difuntos* para evocarles en la festividad sagrada: *Tucanaïra*.

XIII. El conocimiento de las prácticas del magnetismo era general entre los sacerdotes, empleando los pagés, aun hoy, la *insuflación* como agente terapéutico.

Producían fenómenos sorprendentes con el empleo de ciertos vegetales de propiedades ocultas.

XIV. Algunas plantas tenían para ellos virtudes maravillosas.

El *cumacá* era el fetiche de la libertad. Preso un guerrero, por más fuertes que fuesen las ligaduras, creían que soplando en las cuerdas, *cumacá* pulverizado, se aflojaban los lazos y podía desprenderse el prisionero.

El *tajá* era el fetiche de las pesquerías: poseía la propiedad de atraer los peces.

XV. Mitos celestes engrandecían la Teogonía: muchas cons-

telaciones recibían nombres particulares; la *estrella del alba* (Venus) era donominada *Pira-Panem* (piloto de la mañana).

Entre las constelaciones distinguían:

Uegnonmoren (el cangrejo).

Issateñ (un ave).

Conomi manipoerê uarê (el muchacho que come *manipoi*).

Ianduten (el avestruz blanco).

Tuïauê (el hombre viejo).

Tapiti (la liebre).

Guopuêon (el horno de mandioca).

Iauarê—jaguarê—(la onza, el *gran perro*).

La agricultura conducíales desde la contemplación detallada de la Naturaleza á la observación de los fenómenos meteorológicos y astronómicos. Notaban el influjo de los astros y la posición de signos zodiacales en las épocas de plantío y recolección. Practicaban tradiciones astrológicas, estudiando la influencia de los astros en el nacimiento y creían poseer cada uno un astro custodio.

XVI. Celebraban solemnidades fúnebres periódicamente; *momificaban* algunos de sus muertos conservándoles en *igaçabas* (vasos), en urnas, representando extrañas formas de animales: el *jabotí* y el *tapir*, etc. Algunas tribus como las de los *Aruaquis* y *Pariquis*, quemaban sus cadáveres, recogiendo después sus cenizas en urnas apropiadas. Poseían cementerios y enterraban también en tabas. Los *Tupinambás*, después de ceremonias ritualescas, ungían en miel el cadáver de los jefes adornándoles con plumas. Y colocaban junto á la sepultura las armas del guerrero, alimentando durante tiempo ilimitado, una pira sobre la cueva. Eran varios los usos de las tribus respecto del culto de los muertos.

De entre las fiestas fúnebres destácase la de *Tucanaïra* en la tribu de los Tembês.

XVII. Envueltas en la poesía de la leyenda las tradiciones se perpetuaron en gran número, siendo algunas hermosísimas. No estará demás recordar algunas en las que, aunque desfigurados, se encuentran algunos recuerdos de remotas teogonías.

La *Leyenda de Mani*, una de las más bellas, nos conserva la tradición referente al uso de la mandioca. *Mani* era nieta de un jefe. Repentinamente la hija aparece embarazada. El padre quiere matarla. Pero en sueños le aparece un *hombre blanco* y

le disuade, afirmándole la virginidad de su hija. Nueve meses después nace *Mani.* Habla precozmente. Las tribus circunvecinas, atraídas por el prodigio, vienen hacia la *oca* de *Mani.* Al cabo de un año, sin enfermar y sin dolor, *Mani* espira. Enterráronla en su propia cabaña. Poco tiempo después comenzó á brotar de la cueva una planta extraña... Agrietóse la tierra; caváronla y reconocieron en el *fruto* el cuerpo de *Mani*, blanquísimo... Y le dieron el nombre de *Manioca* (de donde *mandioca*).

«Esta leyenda encierra dos cosas comunes á todas las religiones asiáticas—afirma Couto de Magalhães:—1.ª el atribuir á un dios la enseñanza del uso del pan; 2.ª la idea de la concepción sin perder la virginidad».

La leyenda pertenece á los *Tupis* (conquistadores) y fué conservada por tradición oral hasta nuestros días.

Leyenda de la serpiente Arara. Ruda tenía una serpiente á su servicio. Acostumbraban los padres á hacer dádivas á la serpiente *Arara*, que habitaba el *Juá* y que tenía la misión de certificar la virginidad de las jóvenes. Llevaban á las jóvenes á un islote, en medio del lago, y hacían dádivas á la serpiente. La invocaban. Si la joven era pura, la serpiente recibía las dádivas y recorría el lago cantando; si no lo era la devoraba.

Es el mito de la serpiente de todas las teogonías antiguas; la Biblia hace de ella la *tentadora*; el aborigen brasileño le ofrece *frutos*.

La *Leyenda de la Madre del Agua* es asimismo de las más bellas. La *Madre del Agua* habita en las riberas de los ríos en palacios encantados. Como las sirenas se rodea de atractivos y seducciones irresistibles; como las náyades era el genio de los ríos y de las fuentes.

XVIII. Por lo expuesto sumariamente, habrán podido observarse las remotísimas tradiciones del indígena brasileño, afirmando la existencia en la inmortalidad del alma; creyendo en la evocación y en los círculos mágicos; empleando amuletos y talismanes; empleando la terapéutica mágica...

En tiempos del descubrimiento no poseían ya una clase sacerdotal; los *Caraibas*, empero, recuerdan indicios de un sacerdocio extinguido... ¿Quién sabe si fueron los Caraibebés enviados de Méjico, del Perú ó de los Muyscas? Además de los Caraibas, tenían *Pagés* y *Piagas*, tal vez *iniciandos*; conocían la

astrología y el magismo, de lo que se transparentan lúcidas aunque débiles huellas en las narraciones de los primeros cronistas, casi siempre hostiles al aborigen, sobre todo en lo relativo á creencias, mitos y sentimientos...

El estudio del indígena en sus líneas particulares, está casi todo él por hacer. De este estudio, severo y concienzudo, ú orientado científicamente, tal vez el salvaje resurgiría menos *salvaje*.

DARIO VELLOZO.

Coritiba, Paraná (Brasil) 1901.

❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦

EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN)

II.—BASE RELIGIOSA DE LA CONCEPCIÓN HILOZOISTA.

SI ahora se examina bien á qué se reducen las creencias y las revelaciones de los sistemas dogmáticos, tema de que se viene ocupando continuamente la teosofía contemporánea, hallaremos que se reducen á profesar el hilozoismo, que bien podría considerarse como lo único común que les queda después de separar las cosas antitéticas de ellas. Esta necesidad es comprobable en las tres grandes direcciones religiosas: el ateísmo, el teísmo y el panteísmo, todas las cuales me parecen igualmente hilozoistas en el fondo.

Nadie desconoce que es un deber ineludible para el ateo substituir la causalidad divina con algo que explique sin el Creador los grandes misterios del espíritu humano, y que el ateo que falta á este deber no está á la altura de misión. Ahora bien, desafío á todos los ateos del mundo á que lo hagan sin echar mano de la concepción hilozoista. La atenta observación de nosotros mismos nos convence de que existen en lo complejo de la realidad hechos y principios, cuya razón buscaríamos inútilmente en el mundo sensible, esto es, que son espirituales; pero la espiritualidad supera al mecanismo, y por consiguiente, no cabe en buena ciencia explicar la primera por causas puramente físicas; y si hay alguien que imagine poderlo hacer con todo el rigor de las demostraciones, prueba por este solo hecho que carece de criterio científico y que es un alucinado. ¿Qué toca, pues, hacer al ateo que quiera

conciliar el espiritualismo á que la imparcialidad le conduce con la negación de Dios que su razón admite? Solo una cosa: proclamar al mundo espiritual inmanente en los seres, viendo en lo mecánico de la naturaleza, no el fondo íntimo de ese mundo, sino la forma exterior de su desenvolvimiento. De esta suerte, hasta la lógica del ateísmo conduce á concebir la existencia como la unidad indivisible é infinita en que se confunden é identifican la materia y el espíritu (1).

Lo mismo puede decirse del teísmo. Hay filósofos que pretenden sacar de las relaciones de Dios con el mundo la justificación y la prueba más convincente de las concepciones hilozoistas. Así como Descartes, partiendo de la idea de la inmutabilidad divina dedujo que la cantidad de movimiento conservado en el mundo no cambia, Campanella, fundándose en los atributos de Dios que resultan de considerarle con relación á su obra, infirió las verdaderas propiedades de los seres. Dios es el absoluto poder, el absoluto saber y el absoluto querer: ¿cómo á las cosas por Él creadas, aun á las inorgánicas, ha de faltarles potencia, inteligencia y voluntad? Que existan en ellas grados diversos de alma, pensamiento y deseo, según su mayor ó menor alejamiento del primer principio, es cosa necesaria; pero que carezcan en absoluto de esas facultades, es imposible (2). Según Campanella, todos los seres viven, piensan y aman á Dios; idea que Platón había ya bosquejado y

---

(1) Como el lector notará, no tomo la palabra *ateísmo* en sentido materialista, sino en un sentido más genuíno, como sistema religioso negativo. Aceptada la hipótesis de que el mundo se basta á sí mismo, sea como espíritu ó como materia, queda hecha profesión de *fe* atea. Esta fe es religiosa por naturaleza, y la historia del pensamiento nos demuestra sus significativas cristalizaciones. Así observa Spencer que «el ateísmo cae bajo el dominio del concepto de religión, pues trata de deshacer todos los enigmas, señalando como únicas causas del mundo al espacio, á la materia y al movimiento.» Con más apasionamiento y sectarismo había afirmado Ruge que «el ateísmo es aún un sistema religioso: el ateo no es más libre que un judío que come jamón. No hay que luchar contra la religión, hay que olvidarla.» Y el francés Denis dice: «El ateísmo, no pudiendo justificarse, revela la verdad del teísmo... sus irreverencias é irrisiones, no teniendo razón de ser contra un objeto que en esa hipótesis no existe, lo confirman *ad absurdum*. En una palabra, la irreligión, por las cóleras y furores que suscita, manifiesta que hay en el espíritu y en el corazón un vacío anormal: es, pues, á su manera, una prueba de la religión.» Por último, según Guyau, «el ateísmo es frecuentemente menos irreligioso que la afirmación del Dios imperfecto y contradictorio de las religiones. Dudar de Dios, es todavía una forma del sentimiento de lo divino.»

(2) Lo más notable en el sistema de Campanella, es, sin duda, su concepción de la naturaleza. Platónica y todo, esa concepción encierra una idea que, á pesar de lo ásperamente que ha sido criticada, significa un progreso considerable en la metafísica y en la filosofía natural. En efecto: antes de Campanella, el hilozoismo no fué profesado de una manera terminante, ni constituyó la nota saliente de doctrina alguna. Es cierto, como ya se indicó, que algunos filósofos anteriores á él quisieron ver aspectos psicológicos en las manifestaciones de las fuerzas naturales; pero todos esos conatos fueron relativamente insignificantes, y sólo á Telesio y á su glorioso discípulo corresponde la gloria de haber definitivamente proclamado que todos los seres están dotados de sensibilidad, pensamiento y deseo.

que puede formularse más positivamense diciendo: todos los seres participan de la vida, de la razón y de la acción íntima de la naturaleza. Esta conclusión sacada por Campanella de premisas problemáticas, pero inatacable en sí misma y admitida como indudable por Leibnitz, es el fundamento de la metafísica moderna y de toda concepción prasológica del universo. Campanella, pues, se anticipó á su siglo en esta cuestión capital de la filosofía teórica (1).

Pero nada digamos de esto; entendamos por vida ó actividad la simple energía mecánica. ¿Se habrá de seguir de aquí que no hay más principio de acción para los cuerpos naturales que su forma? ¿En nombre de qué se podría defender absurdo tan manifiesto? Sólo en nombre de la autoridad de Aristóteles y de Santo Tomás; pero ¿hemos de cerrar los ojos á las revelaciones de la ciencia moderna? La gran construcción filosófica formada en los últimos tiempos sobre la base de los estudios físicos, nos enseña que la forma es una abstracción sólo útil para las deducciones ideales de las matemáticas, y que el verdadero principio constitutivo del universo, así en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño, es la *fuerza* ó la suma de las energías cósmicas. Fácil es ver, por otra parte, que esta especie de biología molecular inorgánica transciende en algún modo á la dinámica de los cielos y á la esfera de las relaciones atómicas. Así se comprende que, según Copérnico, *gravitas non aliud esse quam appetentiam quamdan naturalem*, que Herschell considere á la atracción como efecto de una voluntad, y que Liebig declare

---

(1) Preciosos materiales dejó Campanella para la parte de la ontología puesta en su tiempo á discusión. Hacía notar, desde luego, que la materia bruta ó la naturaleza muerta soñada por los peripatéticos escolásticos, carecía de valor en el tribunal de la metafísica que ve en el acto la suprema expresión del ser, y tenía en su contra las enseñanzas mismas de las ciencias positivas, que por todas partes hallan el movimiento, la actividad, la fuerza. Volvamos, pues — decía Campanella — á la verdadera concepción de la realidad, á la concepción de Platón, para quien el elemento ideal de las cosas es la ley de la existencia y el principio de los conocimientos que de ella formamos. A poco que se reflexione, se comprende que ese elemento ha de ser universal, pues de lo contrario no tendría idealidad verdadera, no sería una *primalidad* ó una causa real. Pero, ¿será por eso uno y único, esto es, superior á las cosas y distinto de ellas? En manera alguna. El atributo de la unidad sólo corresponde al Creador; los seres creados envuelven una triplicidad manifiesta, y esa su triplicidad constituye el fondo de la razón, de la vida y de la idea. En primer lugar, todos los seres pueden, esto es, encierran en sí potencias ó posibilidades realizables: á esto llama Campanella su poder. En segundo lugar, todos los seres ofrecen actualidad ó realidad consciente sobre sí mismos y sobre lo que les rodea: á esto llama Campanella su saber. En tercer lugar, ese tránsito no es concebible sin un impulso interno ó una dirección espontánea del individuo: á esto llama Campanella amar. Poder, saber, amar: he aquí las tres primalidades en que estriba el ser y el obrar de cuanto existe. El principio supremo que ha creado estos principios inferiores y reflejado en ellos estos atributos esenciales, se llama Dios. La naturaleza intelectual y moral es la más próxima á ese principio y la materia la más distante y más cercana á la nada, aunque no sea la nada misma.

existir en las combinaciones químicas un verdadero «apetito» por parte de los elementos que en ella entran (1).

Pero me estoy, sin sentir, desviando del tema de mi exposición. Después de haber probado que el ateísmo y el teísmo, lejos de ser hostiles á la concepción hilozoista, son, por el contrario, sus más sólidos y fundamentales apoyos, huelga añadir una palabra sobre el panteismo Este sistema parte del postulado de un principio inteligente y pensante que anima y mueve al mundo, no desde fuera, sino por dentro. El acto del pensamiento recorriendo el universo, como decía Empedocles, introduce en él el amor. Para los panteístas de la escuela de Empedocles todo participa de lo divino, de lo psíquico, de lo suprasensible, del «espíritu sagrado, inefable, que atraviesa el mundo entero con sus rápidos pensamientos». Estas grandes ideas, explicadas en la fraseología hiperbólica y cabalística de los antiguos, nos indican harto claramente que en el fondo de la mística y de la gnosis religiosa del panteísmo están escondidos todos los tesoros de sabiduría y de especulación inmanente que se habían de manifestar en la concepción hilozoista. Más adelante tendré ocasión de patentizar en el terreno de la aplicación, la relación estrecha que existe entre la religión concebida al modo de los panteístas modernos y el hilozoismo transcendental, y cómo la primera no es más que una consecuencia del último. Si á algo me veo ahora obligado, es á poner en armonía la religión, como relación, como el panteísmo, como unidad. Para esto se necesita considerar y reconocer que esa relación no cabe en un panteísmo abstracto, donde la religión se hace imposible por la unidad que *à priori* se establece entre los dos términos que la sirven de razón. Como ha demostrado Hartmann, el panteísmo abstracto quiere dar á su Dios demasiado de una vez. Creyendo que pueden ser nada menos que todas las cosas el objeto de la relación religiosa, no deja realidad alguna para el sujeto de ella, para el hombre, con lo cual destruye la realidad misma de esta relación. No así el panteísmo concreto, con sus nociones hilozoísticas. Más subjetivo que objetivo, desde el momento en que hace del hombre un accidente ó una acción del ser universal, no vacila en admitir como realidad indeterminada todo ideal y toda dedicación del ánimo á lo ideal. En este sentido, aun la nada privativa de los budhistas (el α privativo) puede, dentro del panteísmo concreto, ser objeto de relaciones religiosas. En el teísmo razonado y filosófico, estas relaciones son tan íntimas y tan reales como pueden serlo en el panteísmo concreto, porque su Dios implica las mismas afinidades con el espíritu del hombre que las del Dios absolutamente uno y único, sin ninguna de sus imposibilidades. Y que no se objete que á Dios no se llega por percepción, sino por representación, la cual supone fuera de nosotros un objeto representado. La transitividad del objeto representado, referida al Ser de toda realidad, es una contradicción: su apli-

(1) Véase á Schopenhaüer: *Ueber den willen in der natur*, pág. 97.

cación al sujeto cognoscente supone otra contradicción más grande. «En el acto religioso está el hombre enteramente en sí mismo», dice Hartmann. «La representación que se refiere á un objeto real se llama percepción», dice Wundt.

III.—Base metafísica de la concepción hilozoista.

Otra vez es Campanella, pensador cuyas opiniones hilozoistas mencioné ya varias, el encargado de orientarnos en todo lo que se refiere á los fundamentos abstractos de la cuestión objeto de nuestro estudio. No dudaba el ilustre autor de la *Civitas Solis* en dar cierto género de animación á las cosas naturales, afirmando que la sabiduría no se justifica más que por sus obras, y que la sabiduría de las obras de Dios no puede proclamarse más que por las obras mismas. Aún más: Dios no es un pensamiento muerto como el que en mala hora soñaran los aristotélicos, sino un ser viviente y eternamente fecundo, que pone toda su gloria en realizar fuera de sí las riquezas de su poder; luego el mundo, que es su obra ó su manifestación visible, necesariamente debe participar de este carácter. Y como universalmente considerado aparece al entendimiento cual una unidad activa que se despliega á imagen de Dios mismo, de aquí que el mecanismo superficial y aparente que se muestra en los diversos grados de la creación sea, más que una relación esencial de la materia pasiva, la forma de desenvolvimiento de la vida, del movimiento y del ser. Las leyes íntimas de la existencia no son leyes físicas, sino leyes espirituales. Es imposible, entre los fenómenos materiales y los psíquicos, hacer una distinción ó separación que convirtiendo á los primeros en no sé qué relaciones, y á los segundos en otras relaciones no menos desconocidas, viniese en definitiva á no impedirnos creer que estas dos clases de hechos se reducen á una sola. Es imposible, sobre todo, saber si las leyes de la sensibilidad difieren esencialmente de las de la mecánica. Así se reconoce que los átomos y los elementos del mundo material están dotados de los atributos que hasta hoy se creían propios sólo del espíritu.

Los metafísicos han insinuado frecuentemente que mientras consideremos la vida que late en el corazón de la materia como añadida á ésta, á semejanza de los colores que emplea el pintor para hacer tomar á un lienzo blanco la animación de un cuadro ó de los vestidos que se ponen y se quitan y dan al hombre su ordinario aspecto, no habrá modo directo y humano de penetrar los misterios de la naturaleza. Prescindir del lado mecánico, matemático ó regular de la realidad, no es posible: ningún empírico está obligado á admitir lo que cae fuera del mundo fenomenal como existencia comprobable por sus medios; y aparte de esto, si el filósofo cree asequible indagar lo psíquico de una manera legítima, es determinando el fondo de las formas vivientes, donde los fenómenos materiales y los psicológicos están enmarañados como en ovillo misterioso. ¿Por qué no ha de existir en la esencia de la materia animada por la vida lo que en esta vida, que es irrealizable

sin la argamasa del todo material? ¿No es éste, mejor que otro, el terreno común en que el saber de observación y el saber de intuición pueden encontrarse y darse la mano? A juicio de Hartmann, la separación que hoy existe entre la filosofía y la ciencia, entre la experiencia y la especulación, es semejante á la que hay entre dos mineros, que al caminar por galerías opuestas y subterráneas, oyen el ruido de sus golpes á través del muro que los separan, y saben que han de encontrarse, aunque ignoren determinadamente el punto de cruce. A mi juicio, este punto de cruce no puede ya ignorarse: es el hilozoísmo, única concepción fundada en las exigencias científicas como sistema y aun como método. Las exigencias científicas no son, con todo, causa bastante justificada para aceptarlo. Si vienen confirmadas por la experiencia, deben tenerse por legítimas: de no, es preciso recelar de ellas. Sólo la experiencia puede servirles de garantía. Interroguémosla, atendamos á la significación de sus enseñanzas.

Nada diré de las incontrastables demostraciones que natural y espontáneamente brotan de los principios de identidad y contradicción en favor de la opinión que da á la materia la facultad sensitiva por propiedad fundamental. Tan solamente ruego se me permita hacer dos observaciones. La piedra angular del mecanicismo es la idea de que las facultades sensitivas se deben á una disposición especial de moléculas insensibles. Considerando la sensación desde este punto de vista, vemos que hace imposible la afirmación del objeto sentido. Importa poco que este objeto forme parte de nuestra naturaleza; y nada se gana admitiendo que desde que las sensaciones existen deben tener una causa. Esta *causa* no puede ser tal sino en tanto que *obra* ó que se realiza como acción. ¿Dónde habría que buscar semejante actividad, siendo las causas de nuestras sensaciones inertes y no teniendo carácter espiritual? De aquí el que, según decía y sostenía con razón Berkeley, existir es ser percibido y percibir; lo que no es percibido ni percibe no existe. Además, para nosotros no es dable comprender lo que pudiera ser una *primera* sensación, es decir, una sensación salida de una combinación no sensible. Adúcese comúnmente la ley de Weber para presentarla favorable á una tesis contraria á la que defiendo. Muy al contrario, esa importante ley, en vez de desvirtuar mis convicciones, les sirve de confirmación indudable, pues su corolario más neto é inmediato es que «toda sensación tiene necesariamente por antecedente otra sensación.» Síguese de aquí, que los atributos del ser sensitivo están en vigor también en los objetos sensibles.

Lo que digo de la sensibilidad, puede aplicarse igualmente á las leyes de la inteligencia. Este es un rasgo ideal que durante el tiempo en que el método inductivo estuvo relegado al olvido pareció siempre un atrevimiento, pero que implicó y dió origen á la revolución caracterizada por el paso del espíritu escolástico al espíritu moderno, del formalismo abstracto al realismo concreto. Ramús en sus *Dialecticæ partitiones* iniciaba el secreto de este último é importante tránsito diciendo: «debemos, ante todo, aplicar todas nuestras fuerzas á descubrir lo que puede la naturaleza y *cómo procede en el em-*

pleo de la razón» (1); y su escuela repitiendo el precepto estóico *sæquere naturam* opuso á la ciencia constituída la ciencia constituyente, al pensamiento fruto de la labor forzada, el conocimiento hijo de la acción espontánea, franca y verdadera. Esto se ha negado; pero lo que mejor nos prueba que las leyes naturales son leyes racionales, es que por medio del entendimiento podemos deducir, de leyes naturales conocidas, otras leyes desconocidas que vienen á ser confirmadas por la experiencia, siempre que no se nos pruebe que hemos deducido consecuencias falsas (2). Por eso, aun los astrónomos que afirman, como posibilidad muy probable, la existencia de seres orgánicos más perfectos que nosotros en los globos lejanos, sostienen á la vez que esos seres deben ser semejantes á los hombres desde el punto de vista intelectual, pues no cabe atribuir al universo más que una sola y misma razón, con arreglo á la que todas las leyes naturales son leyes racionales (3). Aparte de esto, y á pesar de la imposibilidad de confundir lo intelectual con lo físico, el hombre empieza á conocerse en la materia y con la materia, no siendo su conciencia sino la percepción de lo que le distingue de ella y de lo que por ella alcanza. De ahí la necesidad en el espiritualismo de completar sus puntos de vista con relaciones materiales, para de esta suerte reconocer que no somos dioses ni espíritus puros. Y el materialismo véase siempre obli-

---

(1) Véase el pasaje entero en los *Extraits des grands philosophes* de Fouillée, pág. 162.

(2) Oersted: *Naturwissenschaft und Geistesbildung*, pág. 8. — Allí mismo Oersted observa, según parece, muy acertadamente: «Todo el mundo viene á ser la expresión de una idea infinita y que lo abarca todo, la cual se identifica con una razón infinita que vive y obra en todo lo que existe.» En un escrito posterior (*Neue darstellung ueber geits in der natur*, pág. 104), declara que «toda la naturaleza, con todo lo que en ella pudiera parecer muerto ó mole inalterable, se revela como actividad á quien la estudia más profundamente.» «Las leyes naturales son lo mismo que la razón en la naturaleza; las leyes naturales del movimiento, son verdaderas leyes de la razón; toda colección de leyes naturales nos parece tanto más ser una cadena de leyes de la razón cuanto más perfectamente hemos acertado á penetrar en la naturaleza respecto de las mismas. Toda vez que la esencia de toda cosa consiste en el modo como se producen en ella los efectos, la esencia de toda cosa descansa en la razón que en ella se manifiesta... La razón es la esencia intrínseca del mundo.» Hay también en Oersted (*Naturwissenschaft, Dichtungen und Religion*, pág. 64), algo semejante á la concepción hilozoista en su idea de la «razón eterna, gracias á la que cada cosa tiene su carácter peculiar, su forma entera..., la inteligencia y la fuerza son creadoras ambas, pero no distintas.» «El mundo está gobernado por esa razón eterna que nos hace ver sus efectos en las leyes inmutables de la naturaleza.» «Es imposible que existan fuerzas fuera del orden racional.» «Así adquiere el alma la tranquilidad interna y se pone en armonía con la naturaleza toda.» Aún pueden hallarse en Oersted otras manifestaciones hilozoistas, como su modo de considerar las esencias de las cosas, que hace residir exclusivamente «en las ideas naturales que en ellas se expresan y manifiestan, porque ninguna puede tener una esencia concluída y una en sí, sino á condición de que todas las notas naturales en ellas expresadas vengan á reunirse en un concepto esencial que llamamos su idea.» (V. trad. alemana Kannegiesser.)

(3) Zeise: *Macrocosmus und microcosmus*, Altona, 1855.

gado á hacer intervenir en el dualismo de sus dos fantasmas, materia y movimiento, un tercer personaje «que, como Galileo, golpea la materia con su pie. Sí, es fuerza, es acción, es vida; y por consiguiente, es algo más, puesto que piensa en mí y piensa para mí. *¡E pur si pensa!*» (1).

Y llegamos á la voluntad. Comprendese que ha de ser más violento atribuir á las cosas naturales ese poder psicológico; pero se ha dado ya un gran paso, y la analogía nos inclina á creer que son lo que somos nosotros en cuanto á la raíz y á la individualización de la actividad. La actividad es de todos los seres, ó más bien no es de ninguno; por eso, su fondo debe ser el mismo para todos ellos, y su diferencia una mera diferencia de forma y de desarrollo. Decir, la planta crece, equivale para el hilozoista á decir, la planta quiere. Una voluntad en cada planta no es más difícil de admitir que una voluntad en todo el universo. Por otra parte, Schopenhaüer dice: «El concepto de voluntad es el único que viene de dentro, sale de la conciencia de cada uno, y cada cual conoce en él su propia individualidad inmediatamente.» En tal sentido es también el único que legítimamente podemos transferir fuera de nosotros. Con esta condición es como la naturaleza deja de ser una estéril colección de objetos, para convertirse en una vida universal que implica actividad incesante, y que sólo viviendo llega á conocerse. Por eso no me parece mal que vayamos reemplazando en metafísica la palabra *fuerza* por la palabra *voluntad*, en calidad esta última de *denominatio à potiori*, es decir, como lo nota Schopenhaüer, dando á la concepción ordinaria de la voluntad una extensión mayor y al género el nombre de la especie más elevada, de la cual tenemos conocimiento inmediato en nosotros, y la cual nos conduce al conocimiento mediato de las demás.

¿Cómo habríamos de comprender mejor las relaciones de libertad en su escala y en su desenvolviento psico-físico, negando que esa espontaneidad elemental existe diseminada entre los innumerables principios substanciales del universo? No trato de explanar aquí las diversas opiniones sobre el origen de la libertad, y no decidiré si, conforme á la idea admitida, procede directamente del Dios universal y continuo creador y ordenador providencial de las fuerzas, ó si como sostiene Delboeuf, depende de la facultad de retardar la transformación de lo inestable en estable. Ateniéndonos á lo que después dejaré sentado al hablar de las relaciones entre el hilozoismo y la religión, la primera idea será la más verosímil. Pero, en una como en otra hipótesis, es preciso recurrir siempre á una libertad primordial, á una espontaneidad absoluta, pues las leyes del universal determinismo lo explican perfectamente todo, salvo la materia primera de las leyes y el punto de partida de su funcionamiento.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Se continuará.)

---

(1) Guyau: *La irreligión de l'avenir*, pág. 433.

UNA OBRA INTERESANTE SOBRE PSICO-FISIOLOGÍA POPULAR

Publio Hurtado.—*Supersticiones Extremeñas. Anotaciones Psico-fisiológicas*, con un prólogo de Urbano González Serrano. Cáceres, 1902.

Es un estudio interesantísimo. Su autor trabaja con materiales de primera mano. El modesto título de *Supersticiones extremeñas*, dice bastante menos de lo que en realidad constituye el fondo de la obra. No es, como pudiera creerse, la eterna y deslavazada recopilación que generalmente constituye nuestras obras de folk-lore, sino un verdadero estudio psicológico del alma popular alto-extremeña. La obra está precedida de un prólogo del Sr. González Serrano, verdadera autoridad en éstas y otras materias. Tiene el siguiente interesantisimo índice: *I. El mundo fantástico.—II. España quimérica.—III. Judios é iluminados.—IV. Encantamientos.— V. Brujas y brujerias.— VI. Otros entes maléficos.— VII. Supersticiones misticas.— VIII. La noche de San Juan.—IX. Supersticiones curativas ó Amuletos.—X. Tesoros y zahories*, etc.

He aqui algunas ideas que tomamos del último de sus capítulos, que dicen por sí solas más que todo cuanto nosotros pudiéramos añadir por nuestra parte:

"... ¿Por ventura la perfectibilidad de la especie humana ha llegado al *non plus ultra*? Si hoy nos burlamos del ayer ¿con qué derecho hemos de exigir del mañana que no se ría del hoy? Al que vivió en la infancia de las sociedades ¿á qué se le ha de motejar, porque creyera lo que todo el mundo creía?

El progreso—Pegaso del espíritu que vuela con alas incansables por los

ámbitos del mundo, aunque á la ansiedad individual le parezca que su avance es tardo y perezoso--continuará su invariable ruta, sustituyendo ideas á ideas, simbolismos á simbolismos, costumbres á costumbres, modificando el mundo inorgánico, la masa sensible y hasta las mismas condiciones fisiológicas de la especie humana. . .; y si al cabo de mil años pudiésemos resucitar, todo nos parecería fenomenal, trastornado, subvertido, ni más ni menos que le parecería al esquimal del siglo x que hoy volviese á la vida de entre sus témpanos de hielo. Y esta metamorfosis del mundo tangible marchará al unísono con la del mundo de las ideas. Por eso dijo Blanqui, que la utopia no es más que una opinión adelantada, incomprensible para los que la escuchan por vez primera, pero que llega á ser un lugar común para las generaciones futuras.

¿Quién sabe, pues, si en el avance ilimitado de la ciencia, lo que hoy nos parece un absurdo ó un milagro, será mañana un hecho sencillísimo, no sólo explicable, sino puesto á merced de la más indocta voluntad? Todo puede asegurarse de esta evolución universal y progresiva, que sin cesar abre ante los ávidos ojos de la especie humana nuevos horizontes, al ir levantando el velo que oculta los arcanos cosmogónicos.

De este mismo desenvolvimiento natural vamos aprendiendo, que hay prácticas quiméricas que parecen haberse adelantado á la propia ciencia, ó, si se quiere, que parecen reminiscencias de esa ciencia misma, llegada á su emporio en días perdidos en las tupidas sombras de remotos siglos.

La superstición de liarse en una tela de seda el individuo timorato, para precaverse de las exhalaciones, ¿no es más antigua que Volta, Galvani, Franklin y demás sabios electrólogos, á los que la misma superstición enseñó que aquella substancia textil era uno de los mejores idioeléctricos?

La creencia en la virtud curativa de la cáscara de nuez verde para las escrófulas, en la noche de San Juan, cuya práctica se tuvo y aún se tiene por supersticiosa, ¿no ha sido proclamada como verdad científica, indiscutible, de un siglo acá, por Baumes, Negrier, Nélaton, Fonssagrives y otras eminencias médicas?

La petrificación de las personas con la mirada, atribuída á los faquires, los dyoguis, las circes, las medusas y los basiliscos de las edades antigua y media, ¿qué otra cosa eran que no fenómenos embrionarios del moderno hipnotismo, que tan poderoso auxilio está prestando á la ciencia de Esculapio?

La evocación de los espíritus de las personas fallecidas y su comunicación con ellos, objetivo primordial de la antigua nigromancia, ¿en qué discrepan de las modernísimas doctrinas sustentadas por Allan Kardec?. . .

Y si nos fijamos en los sueños, ese piélago insondable hasta el presente

para la razón humana, ¿quién se atreverá á afirmar "ésto ha de ser„ ó "aquéllo no será?„ Esa función, que es á veces el recuerdo más ó menos verídico de lo pasado y á veces la previsión de lo futuro ¿no puede un día, más ó menos remoto, ser el regulador racional do la actividad humana, y explicarse con sujeción á leyes preestablecidas é invariables, lo que hebreos y asirios interpretaban caprichosamente?

Pues recordad las danzas y festines, ó las tremebundas batallas que los alados genios de distintas religiones, al decir de sus creyentes, libraban en los espacios. "¡Fantasía!„ "¡pura fantasía!„ diréis, ó mejor dicho, decían nuestros mayores. Pero nosotros no podremos lanzar tal exclamación en absoluto, y menos en el siglo que comienza, predestinado á alcanzar *la conquista del aire.*

Mirad al cielo. ¿Quién sabe si el cometa cuya aparición aterra al vulgo, por causas mediatas, desconocidas hoy para la astronomía, ocasionará las sequías, y cómo consecuencias de éstas el hambre, las guerras y la peste?

¿No puede encontrar la química mañana, en substancias animales y vegetales, cuya aplicación causa hoy nuestra hilaridad, las propiedades sanatorias que el vulgo supersticioso les atribuye?

¡Oh! recelar de todo, pero no negar nada, es y debe ser la máxima previsora de la generación presente, ya que los innumerables descubrimientos y aplicaciones de la ciencia parece que tienden á borrar la palabra *imposible* del Diccionario.

Ensalmos, hechicerías, supersticiones. . . todos son hechos ó conceptos más ó menos verosímiles, pero que algo de real han tenido en su origen, y que la estultez ó la malicia han vestido á su modo para sus fines; simbolismos y artimañas de que los espíritus viriles y sagaces se han valido para subyugar á los pusilánimes é ignoros.

Ya lo dijo la célebre Mariscala de Ancre, mujer de Concini, el favorito de María de Medicis, contestando á sus jueces, en el proceso que se la formó por maga y hechicera, del que el encono político se valió para llevarla al suplicio.

¿Qué es el filtro?—le preguntaban.

El filtro—respondió serenamente la interrogada—es el ascendiente que todo espíritu superior tiene sobre otro débil.

Así que, ya lo indiqué anteriormente, mientras haya espíritus superiores é inferiores—¡que los habrá siempre!—y la fantasía con su potencia plástica ilimitada campe por sus respetos—que seguirá campando—lo anormal, lo extraordinario, lo maravilloso, ha de encontrar siempre un eco propicio en el corazón del hombre.

❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦

DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

La Caverna de una Bruja

Nuestro bondadoso huésped, Sham Rao, estuvo muy alegre durante el resto del tiempo de nuestra visita. Hizo todo lo que pudo para obsequiarnos, y no quería oir nada acerca de nuestra marcha del lugar, sin haber visto su mayor celebridad, su vista más interesante. Una *jadu wâlâ*—bruja—muy conocida en el distrito, se hallaba entonces precisamente bajo la influencia de siete diosas hermanas, que tomaban posesión de ella por turno, y decían sus oráculos por sus labios. Sham Rao nos dijo que no debíamos dejar de verla, aunque no fuera sino por interés de la ciencia.

Vino la noche y de nuevo nos preparamos para una excursión. Solo distaba cinco millas la caverna de la Pitonisa del Indostán; el camino discurre á través de una selva, pero es llano y sin pendientes. Por otra parte, la selva y sus feroces habitantes ya no nos asustaban. Los tímidos elefantes que teníamos en la «ciudad muerta», fueron mandados á su casa, y debíamos montar nuevos behemoths pertenecientes á un Râjâ vecino. El par que se halla ante la verandah semejantes á obscuras colinas, son firmes y de confianza. Muchas veces estos dos han cazado el tigre real, y ningún aullido salvaje ni tronante rugir los puede asustar. ¡Así, marchemos! La roja llama de las antorchas deslumbraba nuestros ojos y aumentaba la obscuridad del bosque. Los alrededores parecían tan obscuros, tan misteriosos. Hay algo indescriptiblemente fascinador, casi solemne, en estas marchas nocturnas en los rincones extraviados de la India. Todo está silencioso y desierto alrededor de uno, todo dormita en la tierra y encima. Sólo las pisadas regulares y pesadas de los elefantes rompe el silencio de la noche, como el ruído de martillos que caen en la fragua subterránea de Vulcano. De tiempo en tiempo óyense voces y murmullos extraños en el sombrío bosque.

«El viento canta su canción extraña entre las ruínas»—dijo uno de nosotros—«¡qué maravilloso fenómeno acústico!»

«Bhûta, bhûta», murmuraron los espantados portadores de las antorchas.

Blandieron éstas y giraron rápidamente sobre una pierna, restallando los dedos para rechazar á los agresivos espíritus.

El quejumbroso murmullo se perdió en la distancia. El bosque resuena de nuevo con las cadencias de su invisible vida nocturna: el metálico chirrido de los grillos, el débil y monótono canto de las ranas de árbol, el crujir de las hojas. De tiempo en tiempo todo esto cesa de repente, y luego vuelve á principiar, aumentando y aumentando gradualmente.

¡Cielos! ¡Qué vida rebosante, qué cúmulo de energía vital se halla oculta bajo la hoja más pequeña, bajo la más diminuta yerbecilla, en este bosque tropical! Miriadas de estrellas brillan en el obscuro azul del firmamento, y miriadas de gusanos de luz nos guiñan detrás de cada mata, chispas movientes como pálidos reflejos de las lejanas estrellas.

Dejamos atrás el espeso bosque y llegamos á un valle profundo, rodeado por tres lados de espesa selva, donde aun de día son las sombras tan negras como de noche. Estábamos á dos mil pies sobre la base de la cordillera Vindhya, á juzgar por la arruinada pared de Mandu, enhiesta sobre nuestras cabezas.

Repentinamente se levantó un viento frío que por poco apaga nuestras antorchas. Cogido en el laberinto de matorrales y rocas, el viento sacudía coléricamente las ramas de los syringas en flor, luego ganando su libertad, volvía á lo largo del valle y se precipitaba por la llanura, rugiendo, silbando y chillando como si todos los demonios del bosque hubiesen entonado un canto funerario.

«Hemos llegado» —dijo Sham Rao desmontando.—«Aquí está la aldea; los elefantes no pueden continuar.»

«¿La aldea? seguramente os equivocáis. No veo nada más que árboles.»

«Está demasiado obscuro para ver la aldea. Además las chozas son tan pequeñas y están tan ocultas por los matorrales, que aun de día apenas se pueden ver; y no hay luz en las casas por miedo á los espíritus.»

«¿Y dónde está vuestra bruja? ¿Es que debemos ver la función en completa obscuridad?»

Sham Rao echó una furtiva y tímida mirada en torno suyo, y su voz, al contestarnos, estaba algún tanto trémula.

«¡Os ruego que no la llaméis bruja! pudiera oiros... El lugar no está lejos, no es más de media milla. No permitáis que esta corta distancia haga vacilar vuestra decisión. Ningún elefante, ni siquiera caballo, podría llegar allí. Tenemos que caminar... pero encontraremos allí bastante luz...»

Esto era inesperado y muy poco agradable. El caminar en esta sombría noche india, arrastrarse por entre espesuras y cactus, aventurarse en un bosque negro, lleno de animales salvajes, esto era demasiado para Miss X. De-

claró que no seguiría adelante; nos esperaría en el howdah sobre el lomo de los elefantes, y quizá se echaría á dormir.

Narayan estaba en contra de esta *parti de plaisir* desde el principio mismo, y ahora, sin explicar sus razones, dijo que ella era la única razonable entre todos nosotros.

«No perderéis nada»—le dijo—«permaneciendo donde estáis, y mi deseo sería que todos siguieran vuestro ejemplo.»

«¿Qué motivo tenéis para decir eso?»—objetó Sham Rao, y una ligera nota de decepción sonó en su voz, cuando vió que la excursión propuesta y organizada por él mismo, amenazaba fracasar. «¿Qué perjuicio puede resultar de ello? No seguiré insistiendo en que la 'encarnación de los dioses' es un espectáculo raro y que los europeos rara vez tienen ocasión de presenciarla; pero por otra parte, la Kangalim en cuestión no es una mujer ordinaria. Lleva una vida santa, es una profetiza, y su bendición no puede perjudicar á nadie. Insisto en esta excursión por puro patriotismo.»

«Sahib, si vuestro patriotismo consiste en mostrar á los extranjeros la peor de nuestras plagas, entonces ¿por qué no habéis ordenado que todos los leprosos del distrito se reuniesen y desfilasen ante los ojos de nuestros huéspedes? Sois un *patèl* y tenéis poder para ello.»

¡Cuán amarga sonaba en nuestros oídos desacostumbrados la voz de Narayan. Usualmente tenía tan buen carácter, tan indiferente á todo lo perteneciente al mundo externo!

Temiendo una querella entre los hindus, el coronel observó en tono conciliador, que era ya demasiado tarde para considerar la expedición. Por otra parte, sin ser un creyente en la «encarnación de los dioses», estaba firmemente convencido de que existían endemoniados hasta en Occidente. Deseaba mucho estudiar todo género de fenómenos fisiológicos donde quiera que los encontrara, y bajo cualquier forma que se presentaran.

Hubiera sido una vista sorprendente para nuestros amigos europeos y americanos, si hubieran podido contemplar nuestra procesión en aquella obscura noche. Nuestro camino era á lo largo de una pendiente vereda en la montaña. Nada más que dos personas podían marchar juntas, y éramos treinta, incluyendo los portadores de las antorchas. Seguramente alguna reminiscencia de salidas nocturnas contra los confederados del Sud, había revivido en el pecho del coronel, á juzgar por la prontitud con que se puso á la cabeza de nuestra pequeña expedición. Ordenó que se cargasen todas las escopetas y revolvers, despachó á tres portadores de antorchas que marchasen ante nosotros, y nos ordenó en parejas. Bajo tan hábil jefe no teníamos nada que temer de los tigres, y así nuestra procesión rompió la marcha, y lentamente empezó á ascender el áspero sendero.

No puede decirse que los curiosos viajeros que aparecieron más tarde en la caverna de la profetiza de Mandu, brillaban por la frescura y elegancia de sus vestidos. Mi traje, así como los vestidos de viaje del coronel y de Mr. Y., estaban hechos pedazos. Los cactus sacaron de nosotros todo el tri-

buto que pudieron, y en el desgreñado pelo del Babu bullía toda una colonia de cigarrones y moscas de luz, que probablemente habían sido atraídos allí por el olor del aceite de coco. El grueso Sham Rao jadeaba como una máquina de vapor. Solamente Narayan aparecía el mismo de siempre; esto es, como un Hércules de bronce, armado con una maza. En la última brusca vuelta del camino, después de haber vencido la dificultad de trepar sobre enormes piedras esparcidas, nos encontramos repentinamente en un sitio perfectamente llano; nuestros ojos, á pesar de nuestras muchas antorchas, quedaron deslumbrados por la luz, al paso que en nuestros oídos resonaba una melodía de sonidos anormales.

Un nuevo valle se abría ante nosotros, cuya entrada, desde la llanura, estaba oculta por espesos árboles. Comprendimos cuán fácil hubiera sido que hubiésemos vagado á su alrededor sin siquiera sospechar su existencia. En el fondo del valle descubrimos la morada de la célebre Kangalim.

La caverna, según resultó después, estaba situada en las ruínas de un antiguo templo hindu en regular estado de conservación. Según toda probabilidad, fué construído mucho antes que la «ciudad muerta», porque durante la época de esta última, no se permitía á los paganos tener lugares suyos propios para el culto, y el templo se hallaba muy cerca de los muros de la ciudad, precisamente debajo. Las cúpulas de las dos pagodas laterales más pequeñas, hacía tiempo se habían caído, y enormes matorrales crecían en sus altares. Aquella noche sus ramas estaban ocultas bajo una masa de trapos de colores chillones, pedazos de cintas, potes pequeños y diversos otros talismanes; porque aun en esto la superstición popular ve algo sagrado.

«¿Y no tenía razón esta pobre gente? ¿No crecían aquellos matorrales en terreno sagrado? ¿No está su savia impregnada con el incienso de las ofrendas y las emanaciones de santos anacoretas que un tiempo vivieron y alentaron allí?»

El instruído pero supersticioso Sham Rao, sólo contestaba á nuestras prepuntas con nuevas preguntas.

Pero el templo central, construído de rojo granito, permanece sin daño del tiempo, y según supimos después, un profundo túnel se abría precisamente detrás de su puerta, herméticamente cerrada. Lo que había más allá nadie lo sabía. Sham Rao nos aseguró que ningún hombre de las tres últimas generaciones había jamás cruzado la entrada que cerraba la gruesa puerta de hierro; nadie había visto el pasaje subterráneo hacía muchos años. Kangalim vivía allí perfectamente aislada, y según las gentes más viejas de los alrededores, siempre había vivido allí. Algunos decían que tenía trescientos años de edad; otros alegaban que cierto viejo había revelado en su lecho de muerte á su hijo, que esta vieja era nada menos que *su propio tío*. Este tío fabuloso se había establecido en la cueva en el tiempo en que la «ciudad muerta» contaba todavía con algunos cientos de habitantes. El ermitaño, ocupado en abrirse la senda hacia Moksha, no tenía relación alguna con el resto del mundo, y nadie sabía cómo vivía ni lo que comía. Pero hace bas-

tante tiempo, en los días en que los Bellati (extranjeros) no habían tomado posesión de esta montaña, el viejo ermitaño se transformó repentinamente en ermitaña. Ella continúa sus tareas y habla con su voz y á menudo en su nombre, pero recibe adoradores, cosa que no hacía su predecesor.

Habíamos llegado demasiado pronto, y la Pitonisa no apareció al principio. Pero la plaza delante del templo estaba llena de gente, y á la verdad, era una escena salvaje pero pintoresca. Una enorme hoguera ardía en el centro, y á su alrededor se apiñaban los desnudos salvajes como otros tantos gnomos negros, añadiendo al fuego ramas enteras de árboles, consagrados á las siete diosas hermanas. Lentamente y con igualdad saltaban todos desde una pierna sobre la otra á compás de un son de una sola frase musical monótona, que repetían en coro, acompañados de algunos tambores y tamborines locales. El apagado zumbido de los últimos se mezclaba con los ecos del bosque y los gemidos histéricos de dos muchachitas que yacían bajo un montón de hojas al lado del fuego. Las pobres niñas habían sido traídas por sus madres con la esperanza de que las diosas se compadecerían de ellas y desterrarían á los dos malos espíritus, bajo cuya obsesión se hallaban. Ambas madres eran muy jóvenes, y sentadas sobre sus talones contemplaban las llamas. Nadie fijó su atención en nosotros cuando aparecimos, y después, durante nuestra permanencia allí, aquella gente obró como si fuéramos invisibles. Si hubiéramos estado vestidos de tinieblas, no se hubieran portado de más extraño modo.

«¡Sienten la aproximación de los dioses! La atmósfera está llena de sus emanaciones sagradas!», explicó misteriosamente Sham Rao, contemplando con reverencia á los indígenas, á quienes su amado Hæckel hubiese tomado fácilmente por su «eslabón perdido», la progenie de su «Bathybius Hæckelii.»

«¡Se hallan sencillamente bajo la influencia del toddy y del opio!»—replicó el irreverente Babu.

Los espectadores se movían como en un sueño, como si sólo fueran sonámbulos medio despiertos; pero los actores eran simplemente víctimas del baile de San Víctor. Uno de ellos, un viejo alto, un mero esqueleto, con una larga barba blanca, dejó el círculo y principió á girar vertiginosamente, con sus brazos extendidos como alas, y rechinando ruidosamente sus largos dientes, semejantes á los del lobo. Causaba disgusto y horror mirarle. Pronto cayó en tierra, y fué descuidada y casi mecánicamente echado á un lado por los pies de los demás que continuaban todavía con su danza endemoniada.

Todo esto era bastante horrible, pero otros muchos horrores más nos esperaban.

Para esperar por la aparición de la *prima donna* de esta compañía de ópera del bosque, nos sentamos sobre el tronco de un árbol caído, dispuestos á hacer una interminable serie de preguntas á nuestro condescendiente huésped. Pero apenas me había sentado, cuando un sentimiento de asombro y de horror indescriptibles me hizo echarme atrás.

Percibí la calavera de un animal monstruoso, cuya semejanza no podía hallar en mis reminiscencias zoológicas.

Esta cabeza era mucho mayor que la del esqueleto de un elefante. Y sin embargo, no podía ser otra cosa más que un elefante, á juzgar por el colmillo hábilmente vuelto á colocar en su sitio, y que descendía hasta mis pies como una gigantesca sanguijuela. ¡Pero el elefante no tiene cuernos y este tenía cuatro!... El par de delante salían de la frente plana, inclinándose ligeramente hacia atrás y luego se extendían; y los otros tenían una ancha base como la raíz de un cuerno de venado, que disminuía gradualmente hasta llegar á la mitad, y tenía ramas suficientes para decorar una docena de alces ordinarios. En los vacíos agujeros del cráneo estaban estirados pedazos de piel de rinoceronte de transparente color amarillo de ámbar, y pequeñas lámparas que ardían detrás, aumentaban el horror de la endemoniada apariencia de tal cabeza.

«¿Qué puede ser esto?», fué nuestra unánime pregunta. Ninguno de nosotros había visto jamás nada semejante, y hasta el mismo coronel parecía impresionado.

«Es un Sivatherium»—dijo Narayan.—«¿Es posible que no hayáis visto este fósil en los museos de Europa? Sus restos son bastante comunes en los Himalayas, aunque, por supuesto, en fragmentos. Se les llamaba conforme á Shiva.»

«Si el colector del distrito oye alguna vez que esta reliquia antidiluviana adorna la caverna de vuestra—¡hem!—bruja», observó el Babu, «no lo seguiría haciendo muchos días.»

Alrededor del cráneo y suelo del pórtico había montones de flores blancas, las cuales, si no del todo antidiluvianas, nos eran por completo desconocidas. Eran tan grandes como rosas de gran tamaño, y sus blancos pétalos estaban cubiertos con un polvo rojo, el concomitante inevitable de toda ceremonia religiosa india. Más lejos había grupos de cocos y grandes fuentes de metal llenas de arroz, todas adornadas con un cirio rojo ó verde. En el centro del pórtico había un incensario de forma rara, rodeado de candeleros. Un muchachito, vestido de blanco de pies á cabeza, arrojaba en él puñados de polvos aromáticos.

«Esta gente que se reune aquí para rendir culto á Kangalim» — dijo Sham Rao—«no pertenece realmente á la secta de ella ni á ninguna otra. Son adoradores del diablo. No creen en los dioses hindus, sino que viven en pequeñas comunidades; pertenecen á una de las muchas razas indias que usualmente se llaman tribus montañesas. Diferentemente de los Shanaras ó Tranvacore del Sur, no usan la sangre de animales sacrificados; no construyen templos separados á sus bhutas. Pero están poseídos de la idea extraña de que la diosa Kâlî, la esposa de Shiva, desde tiempo inmemorial les tiene mala voluntad, y envía á sus malos espíritus favoritos á atormentarlos. Salvo esta pequeña diferencia, tienen las mismas creencias que los Shanaras. Dios no existe para ellos; y hasta al mismo Shiva lo consideran como un espíritu

ordinario. Rinden principalmente culto á las almas de los muertos. Estas almas, por más justas y buenas que hayan sido en vida, se convierten después de la muerte en tan perversas como es posible; sólo son felices cuando atormentan á los hombres vivos y al ganado. Como las ocasiones para hacerlo es la única recompensa de las virtudes que poseían cuando estaban en la carne, un hombre muy malo es castigado, convirtiéndose después de muerto en un fantasma de corazón muy tierno; siente la pérdida de su atrevimiento y es, en suma, muy miserable. Los resultados de esta extraña lógica, no son, sin embargo, malos. Estos salvajes y adoradores del diablo son los más bondadosos y los más verdaderamente amantes de todas las tribus montañesas. Hacen cuanto pueden para ser dignos de su última recompensa; porque, no podéis figuraros cómo ansían convertirse en el más perverso demonio.»

Y puesto de buen humor por su propia agudeza, Sham Rao se rió hasta que su hilaridad llegó á ser ofensiva, considerando lo sagrado del lugar.

(Se continuará.)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.